

PÁGINAS ESCOLARES

AGOSTO DE 1923

AÑO XX.—NÚM. 35



SAN IGNACIO DE LOYOLA

Cuadro del H. Coronas (Manresa)

QUINTÍN RUIZ DE GAUNA - VITORIA

Velas de cera para el Culto

Calidades Litúrgicas garantizadas

MARCAS REGISTRADAS

MÁXIMA necesaria para las DOS VELAS de la Santa Misa y para el Cirio Pascual.

NOTÁBILI para las demás velas de cera del Altar.

FABRICADAS según interpretación AUTÉNTICA del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 de Diciembre de 1904.

RESULTADO completamente nuevo y tan perfecto, que arden y se consumen, desde el principio hasta el fin, con la misma igualdad y limpieza que las más excelentes bujías esteáricas.

ENVÍOS a ULTRAMAR

CHOCOLATES **GAUNA** CLASES ESPECIALES
ENVÍOS A TODAS PARTES

ÚNICA CASA ORRICO

GRAN FABRICA DE

Orfebrería Religiosa en metales finos y bronce

— EXPOSICIÓN PERMANENTE —

Variado surtido en Custodias, Cálices, Copones, Coronas, Frontales, Templetos, Sagrarios, Incensarios, Ciriales, Andas, Atriles, Balaustradas, Candeleros, Lámparas, Arañas, etc.

Especialidad en Cincelados y restauración de objetos antiguos.

Se remiten dibujos y catálogos a quien lo solicite.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Despacho: 14, Zaragoza, 14, principal. — Frente al Bazar Giner y arriba Librería Sucesores de Martí

Fábrica: San Pedro Pascual^o 1.

VALENCIA (España).

“LASCAMELIAS”

TEJIDOS :-: SASTRERIA

Toda persona de buen gusto encontrará las más ALTAS NOVEDADES en

PAÑERÍA Y LANERÍA

Casa predilecta porque constantemente recibe todos los artículos de ÚLTIMA MODA para señora y caballero.

— MAESTRO CORTADOR de PRIMER ORDEN —

— San Bernardo y Jovellanos — Teléfono núm. 843. — GIJÓN —

Páginas Escolares

REVISTA DE LOS ANTIGUOS Y ACTUALES ALUMNOS DEL COLEGIO DE LA INMACULADA

Año XX.—2.^a Época.—Núm. 35.—Agosto 1923

Suscripción 6 ptas. anuales.—Núm. suelto 0,50.—Con licencia eclesiástica.—Gijón, Apartado, 32

¡HA MUERTO MANJÓN!

1846-1923

Aunque nacido en tierras burgalesas, Granada fué el campo en que desarrolló su actividad; era un roble del norte trasplantado a los cármenes de Andalucía. Su labor pedagógica de treinta años es más asombrosa por su intensidad que por su extensión misma. «Aprendiendo o enseñando—decía—yo no he salido nunca de la escuela».

Era su vocación, y a la escuela consagró todas sus actividades y energías. Creador de todo un sistema de enseñanza, Manjón pudo ver coronados por el éxito sus trabajos y desvelos. Las escuelas del *Ave María* son su mejor corona. Más de 300 escuelas del *Ave María* funcionan actualmente. Él realizó el ideal de la pedagogía, haciendo que el niño estudiara en el gran libro de la Naturaleza, aprendiendo al mismo tiempo que jugaba, discurriendo al mismo tiempo que corría. Caballero en su pollina blanca subía diariamente al Sacro Monte y allí se solazaba con sus gitanillos, redimidos por él de la incultura.

España puede estar orgullosa de tan preclaro hijo, a quien la ciencia pedagógica debe conquistas imperecederas.

El no ha escrito tanto como otros educadores, pero ha hecho mucho más. Con razón dice un escritor que para encontrar términos de comparación dignos de esta figura extraordinaria hay que buscarlos en Dom Bosco, en San Juan Bautista de la Salle o en San José de Calasanz.

Descanse en paz, con la bendición de todos los buenos el maestro de los humildes, el padre de los pobres, el sacerdote santo.

GUERRA JUNQUEIRO

Abilio Guerra Junqueiro, el príncipe de los poetas portugueses ha muerto. Cuando la patria de Camões no tenía digno sucesor del cantor de *Os Lusíadas*, surgió él con su arrebatadora lira e hizo humillarse a los demás vates ante su gran figura.

Sus versos son de una belleza irreprochable; sus estrofas esculturales halagan el oído con la mágica armonía, que en sucesivas vibraciones rítmicas va perdiéndose a lo lejos como el tañedor sonido de una campana.

Su obra maestra «*Os simples*», que le ha dado universal nombradía, será guía de resignación y faro de consuelo mientras haya héroes que luchan en la sombra, o prodigios que vuelven a la casa paterna. En ella declaró que quiso vivir la vida sencilla y primitiva de las almas santas, aunque anduvo errante mucho tiempo.

La Bandera y *Los Submarinos*, son apóstrofes fervientes que salen de la mente en el confuso hervir de las ideas; y al morir el maestro ha sentido en su alma el dulce bálsamo del arrepentimiento y con lágrimas en los ojos, verdadera y palpable demostración de la amargura que destila su pecho, pide que se le perdone por las irreverencias que llegó a proferir en su juventud; por las blasfemias que algunos de sus escritos respiran, pide una cruz, para expirar abrazado a ella, besándola con amor, regándola con sinceras lágrimas de fe y arrepentimiento; y por fin pide una plegaria por su alma de cristiano, de poeta y de patriota que va a partir de este mundo.

Fuó un tiempo revolucionario, escritor impío y satánico a ratos al estilo de Carducci. El tiempo y los desengaños le amestralaron, y en los últimos años, hastiado de la impiedad y desilusionado de la república por cuyo advenimiento tanto luchó, había evolucionado francamente hacia el catolicismo. La conversión fué sincera, condenó sus extravíos y su muerte ha sido la de un ferviente católico.

Alpiano.

LA LÁGRIMA

(Traducción de Antonio Rey Soto)

Espléndida mañana de Julio. Un sol triunfal,
una pelada loma y un camino real
Tierra estéril, cubierta de miserables retamas
que comen roca y polvo, y de sol beben llamas.
Sobre las hojas ásperas de una higuera bravía,
que de lava y guijarros mendiga se nutría,
desprendió dulcemente la compasiva aurora
una lágrima enorme, eterna y fulgidora,
que semejaba, trémula, clara, límpida y bella,
de cerca, un gran diamante; de lejos, una estrella.
Pasa un rey con fastuoso cortejo en seguimiento,
yelmos, lanzas, clarines, cien pendones al viento...
—En mi corona—dice, parándose a mirar—
hay záfiro sin cuenta y diamantes sin par:
hay perlas que son lágrimas de una amargura
(inmensa,
lloradas por la luna y que la mar condensa.
Pues diamantes, rubís y perlas del Ofir,
todo eso doy, ¡oh lágrima!, si vienes a flugir
en esta mi corona, olímpica y suprema,
viendo el mundo a mis pies, desde tu alta diadema.
Y la celeste lágrima, ingenua y luminosa,
oyó, sonrió, tembló... y quedó silenciosa.

* * *

De hierro acorazado, épico y deslumbrante,
en su trotón de guerra va un caballero andante;
y el caballero dice a la estrella irisada:
—¡Ven a arder, por Jesús, en la cruz de mi espada!
Fulgirás como un rayo de victoria en victoria,
al sol de Palestina, de la Fe y de la Gloria,
y al volver, guardaráte mi prometida, ¡oh astro!,
en su seno auroal, de rosa y de alabastro;
y así, será la antorcha, tu ardiente resplandor,
de mil combates de héroes y mil sueños de amor.
Y la celeste lágrima, ingenua y luminosa,
oyó, sonrió, tembló... y quedó silenciosa.

* * *

En una mula parda iba por el camino
cierto judío viejo, avariento y mezquino,
y detrás otras mulas llevaban su tesoro:

grandes arcas de cedro abarrotadas de oro.
Y el viejeco andrajoso, delgado como un junco,
con los ojos febriles y con el belfo adunco,
exclamó al ver la estrella:—¡Oh, qué gran ma-
(ravilla!
¡Y cómo resplandece y tremeluce y brilla!...
Con el oro que guardo, se podrían comprar
imperios de la tierra y naves de la mar;
pues por ese diamante espléndido, trocara
mi oro sin medida mi seca mano avara.
Y la celeste lágrima, ingenua y luminosa,
oyó, sonrió, tembló... y quedó silenciosa.

* * *

Debajo de la higuera, un cardo requemado
a la lágrima entonces dijo, todo angustiado:
—La tierra que da vida desde el cedro a la hiedra
para mí tuvo siempre el corazón de piedra.
Si en queja alzo los brazos al cielo por acaso,
me envía el cielo en premio el fuego en que me
(abrasso!

Nunca, pobre de mí, cancerado y roído,
escuché los gorgoros musicales de un nido;
nunca, pobre de mí, en noches estrelladas,
oí pasar cantando grupos de enamoradas.
¡Vuela el ave en lo azul, y lejos va el amor;
porque jamás dí sombra, ni jamás tuve flor!
Oh lágrima de Dios, astro de luz serena,
desciende hasta el profundo de esta ínfima pena!
Y la celeste lágrima, ingenua y luminosa,
tembló, tembló, tembló... y cayó silenciosa.

* * *

Tiempo después, el cardo, a quien colmó el dolor,
reverdeciendo, daba una sangrienta flor
de un rojo macerado, dolorido y deshecho,
cual la llaga que tiene Jesucristo en el pecho.
Y al cáliz virginal de aquella flor bermeja,
iba a buscar, zumbando, dorada miel la abeja.

A. G. Junqueiro.

DESDE OVIEDO

Para los Congregantes del Colegio de la Inmacula y
lectores de «Páginas Escolares»

SOY LUIS

Esta es la palabra más adecuada que se me puede dar para nombrarme desde el día 21 de Julio de 1923. ¿Y porqué, diréis vosotros amados lectores; pues es muy sencillo, y para que así lo comprendáis voy a explicaros como mi humilde pluma de antiguo colegial de los RR. PP. Jesuitas de Gijón y sin dotes ningunas de escritor, pero sí queriendo expresaros las alegrías y recuerdos que pasaron por mi corazón en ese día.

Fundada poco tiempo ha en Oviedo en el Colegio de San Ignacio de Loyola también de

la misma orden de PP. Jesuitas, una congregación mariana de San Luis Gonzaga; y habiéndome indicado el P. Quintana si yo quería pertenecer a dicha Congregación, acedí a ello con gran gozo por parte mía.

El día que antes os indico, día que se celebraba la fiesta del Santo Patrono, fué el señalado para serme impuesta la medalla, símbolo de los que pertenecen a tan bella institución. A los que fuisteis y sois congregantes en el colegio ya sabéis lo que tal acto significa en la vida de un hombre católico, y a los que no lo sois os recomiendo con todas fuerzas de que soy capaz, que contraigáis con el colegio todos los buenos actos y méritos que os sean posibles para llegar a pertenecer a dicha Congregación porque por ello nos hacemos acreedores a los favores y dones de nuestra madre la purísima e inmaculada Virgen María y también a la intercesión de nuestro santo patrono San Luis Gonzaga.

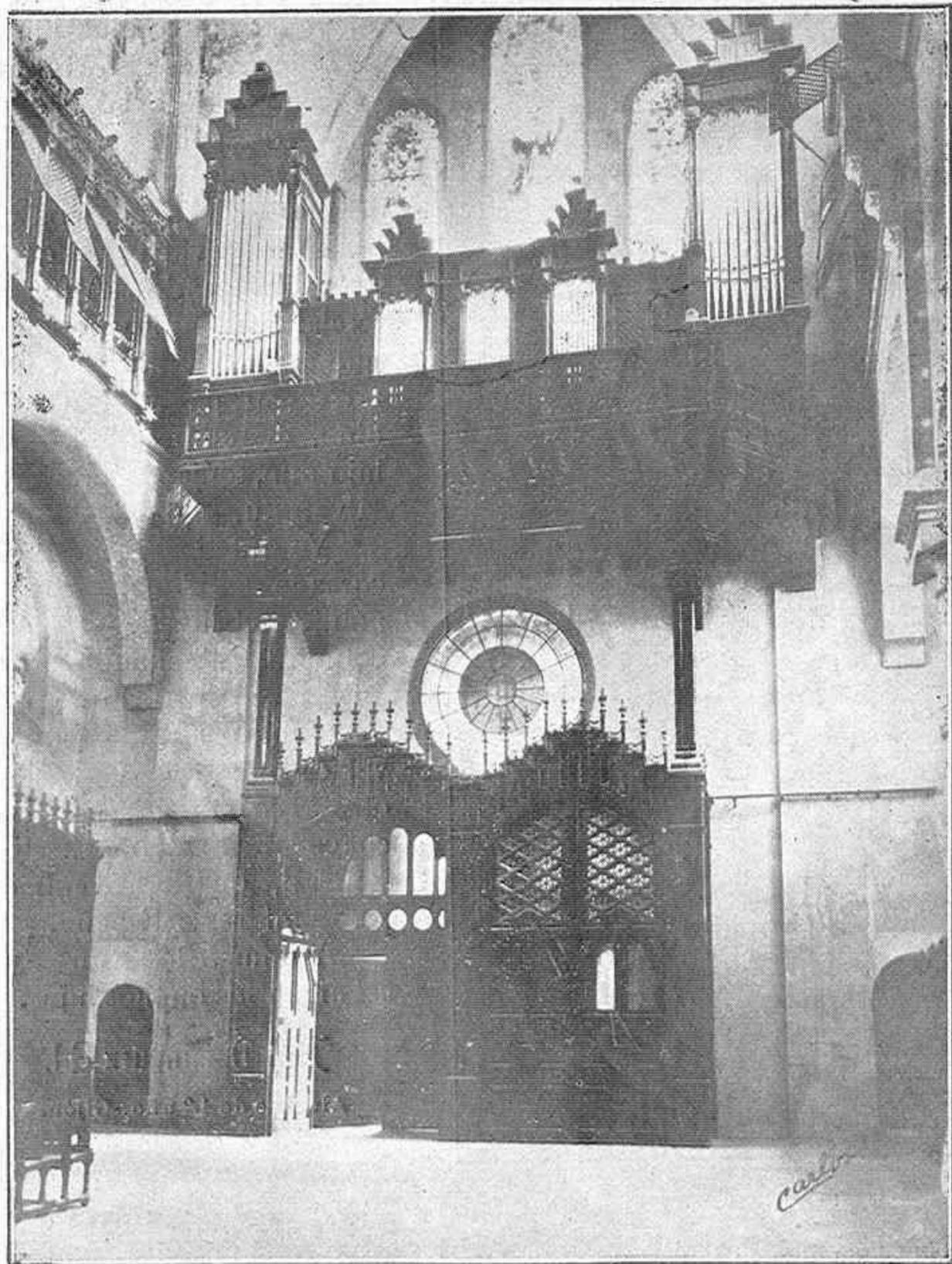
Al serme impuesta la medalla vinieron a mi memoria los recuerdos de mi vida de colegial y ahora sentía con pena el que no hubiese yo conseguido por mis méritos el ser congregante durante mi estancia en el colegio. Otro que sabrá expresarse mejor que yo, seguramente os dará a conocer la Congregación fundada y el incremento que esta tiene día por día; y yo os diré que a los que pertenecen a tal Institución los llaman *Luis*, he aquí la causa por que yo pongo a estas líneas el título que arriba las doy,

Y para terminar os aliento a ser Congregantes en el Colegio y seguir siéndolo fuera de él, pues en esta me he encontrado con algunos vuestros compañeros que también fueron míos en ese centro.

Oviedo, 21 de junio 1923

Gumersindo Prieto Menéndez.

Antiguo colegial del colegio de la Inmaculada y hoy Congregante de San Luis.



GIJÓN.—Iglesia de la residencia de los PP. Jesuitas. Parte posterior. Sobre la puerta se ve el órgano, y a la izquierda la tribuna corrida.



LUCHA DE AMORES

Se llamaba Alfonso, tenía 12 años, era muy bueno. Su padre, el marqués de N. en la Vendee andaba proscrito y los esbirros de la revolución le buscaban para la guillotina por el crimen de ser noble, y ser fiel y ser católico. No habiendo podido emigar, andaba oculto y disfrazado.

Un día los feroces sicarios, inspirados por

el demonio, vanse a la casa del marqués, toman al niño y lo llevan preso. El juez: —¿cómo te llamas?— Me llamo Alfonso.—¿Eres hijo del marqués de N.?— Sí señor.—¿No te da miedo confesar que eres hijo de ese noble condenado a morir?— No, me glorío de ello.—¿Y sabes dónde está tu padre?— Sí lo sé pero no os lo diré, aunque me hagáis pedazos.—Pues te haremos pedazos si no lo dices.

Precisamente al entrar en el tribunal, el niño había reconocido entre el público a su padre disfrazado, que venía a ver el resultado del juicio, por haber entendido que en él se trataría de condenar a muerte a su hijo.

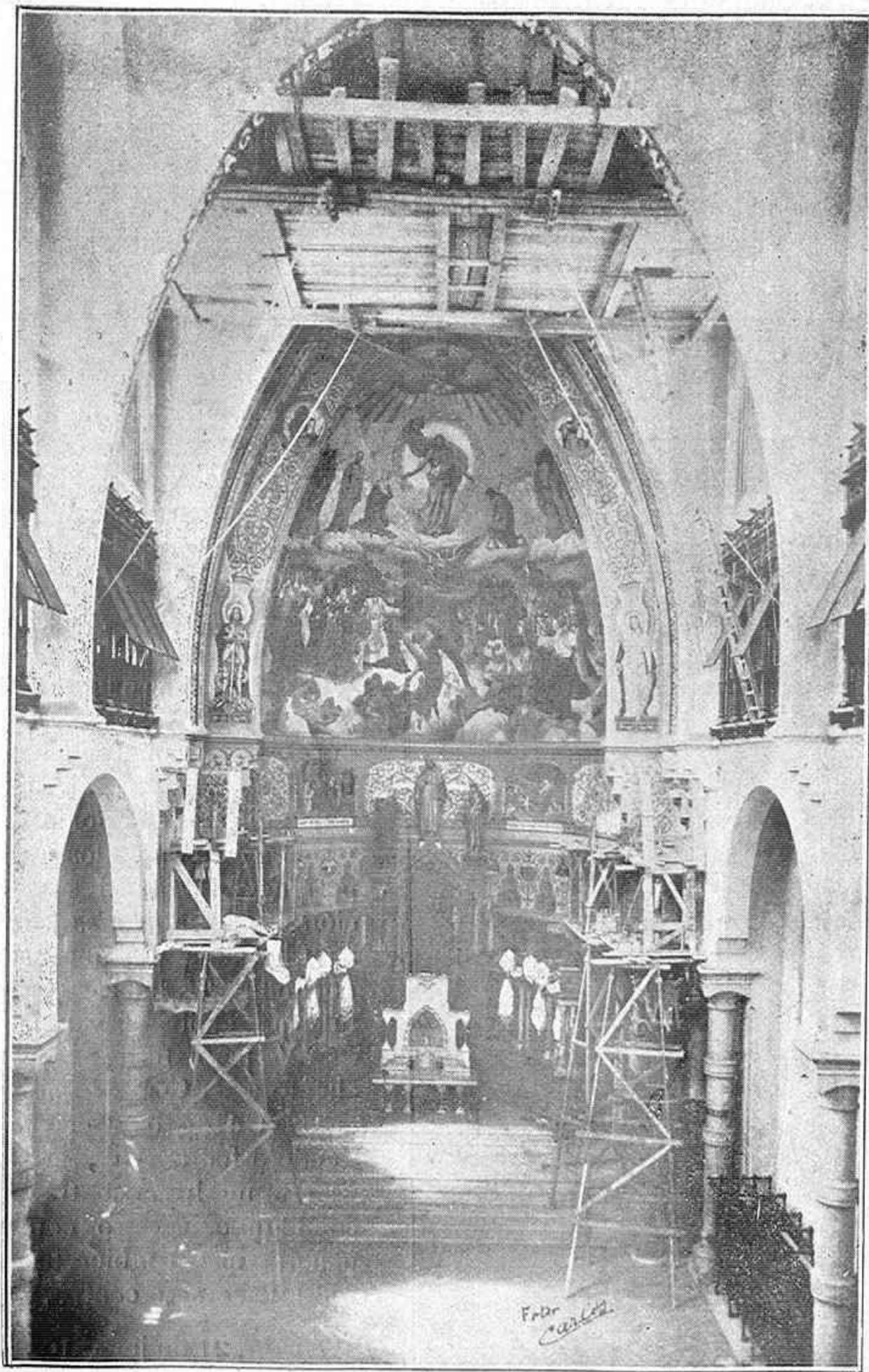
Presenció la escena que acabamos de narrar, y con inmenso júbilo notó que el público empezaba a simpatizar con el niño. Al oír la sentencia de muerte de Alfonso, su corazón de padre no pudo más. De pronto se presenta ante el tribunal, con el traje que llevaba de aldeano, y abrazando a Alfonso exclamó: Bendito sea Dios que me dió tal hijo. — Ese no es mi padre, grita el niño, matadme a mí.— Sí hijo mío, déjame morir y sálvate tú.

Y aquellos jueces de corazón de hiena, y aquel público ebrio de sangre, conmovidos aquella vez ante tal escena, en que padre e hijo luchan por salvar cada uno la vida del otro a costa de la propia, conceden a ambos la libertad, que aprovechan para emigrar a España.

Así aman los padres y así aman los buenos hijos.

José Dominguez Gil.

Alumno de 4.º año.—Gijón.



GIJÓN.—Iglesia de los PP. Jesuitas. Estado de la obra en Julio. En la bóveda sobre el altar mayor se ve concluido el magnífico cuadro del juicio final, obra de los hermanos bávaros Guillermo Immenkamp, pintor, y Enrique Immenkamp, decorador, que lo ejecutaron en cinco meses. Los artistas han sorprendido el momento en que Jesucristo dice a los predestinados: «venid, benditos de mi padre».



La Catedral de Burgos

Este monumento, uno de los principales de España y aún del mundo en su género, es mucho más conocido que el de León, sobre todo por los extranjeros; debido en parte a lo vistoso de su exterior, en parte a que Burgos es sitio de paso obligado para el centro de la monarquía.

No haremos ahora de él un estudio detenido, como hicimos con el de León, sino que nos contentaremos con relatar las impresiones que el viajero Edmundo de Amicis sintió al visitarle. Como aparece por la relación, el autor tiene más de poeta e impresionista que de técnico, pero a pesar de varias inexactitudes en que cae en esta como en otras descripciones de monumentos, que se leen en sus libros, expresa con bastante acierto la impresión de conjunto que la catedral burgalesa ofrece a los visitantes.

«La catedral de Burgos es uno de los más vastos, hermosos y ricos monumentos de la cristiandad. La fachada cae sobre una pequeña plaza, desde la cual se puede abrazar con la mirada parte del inmenso edificio. De todos los salientes del techo desmesurado se elevan torrecillas esbeltas y graciosas, sobrecargadas de adornos de color calcáreo sombrío, las cuales aventajan en altura a los más altos edificios de la ciudad. Delante, a derecha y izquierda de la fachada, surgen dos agudos campanarios, cubiertos de esculturas, desde la base a la cima perforados, cincelados, recamados con una delicadeza y gracia que enamoran.

Más allá como a mitad de la iglesia álzase una torre, enriquecida también por extremo con bajos relieves y adornos. Y sobre la fachada, sobre las espigas de los campanarios, en

todos los pisos, bajo todos los arcos, por todas partes multitud innumerable de estatuas de ángeles, mártires, guerreros y príncipes, agrupadas de tal suerte, con actitudes tan diversas, y puestas tan de relieve por las formas ligeras del edificio, que casi ofrecen a los ojos una apariencia de vida, como de legión celeste, consagrada a guardar el monumento. Cuando la vista sube por la fachada, hasta el vértice de las torres exteriores, abrazando poco a poco toda aquella armoniosa belleza de colores y de líneas, se siente un placer dulcísimo, como al oír esa música que va elevándose gradualmente desde una expresión de recogida plegaria hasta el éxtasis de una inspiración sublime. Antes de que entreis en la iglesia, vuestra imaginación vaga ya por fuera de la tierra.

Entrais... el primer movimiento que sentís es un imprevisto renacer de la fe, si la tenéis, un arranque del alma hacia la fe, si por ventura os falta. No parece posible que aquella mole inmensa de piedra sea una obra vana de la superstición de los hombres; se os antoja que afirma, que aprueba, os hace el efecto de una voz humana que gritase a la tierra: «soy»; os eleva y os abate a un tiempo, como una promesa y una amenaza, como los fulgores de un rayo de sol y el estallido de un trueno. Antes de comenzar a ver, sentís la necesidad de reavivar en el corazón las chispas moribundas del amor divino; el reconoceros extranjero ante aquel milagro de atrevimiento, de genio y de trabajo os humilla; el tímido *no* que suena en el fondo de vuestra alma, muere como un gemido bajo el *sí* formidable que retumba sobre vuestra cabeza.

Al principio volveis los ojos en torno vagamente, buscando los límites del edificio, que el coro y los pilares enormes os esconden; luego vuestra vista se lanza hacia arriba por las columnas y los arcos altísimos, y desciende de nuevo, y de nuevo sube y recorre rapidísimamente aquellas infinitas líneas que se siguen, se cruzan, se corresponden y se pierden en lo alto de las bóvedas grandiosas; el alma se regocija de su propia e inquieta admiración, como si todas aquellas líneas saliesen de vuestra mente inspirada al momento mismo en que las recorreis con los ojos; y después os asalta de imprevisto extraño abatimiento, con el dolor de no tener tiempo bastante para considerar, ni ingenio bastante para aprender, ni memoria bastante para conservar las innumerables maravillas que entreveis por todas partes confundidas, amontonadas, resplandecientes, que más

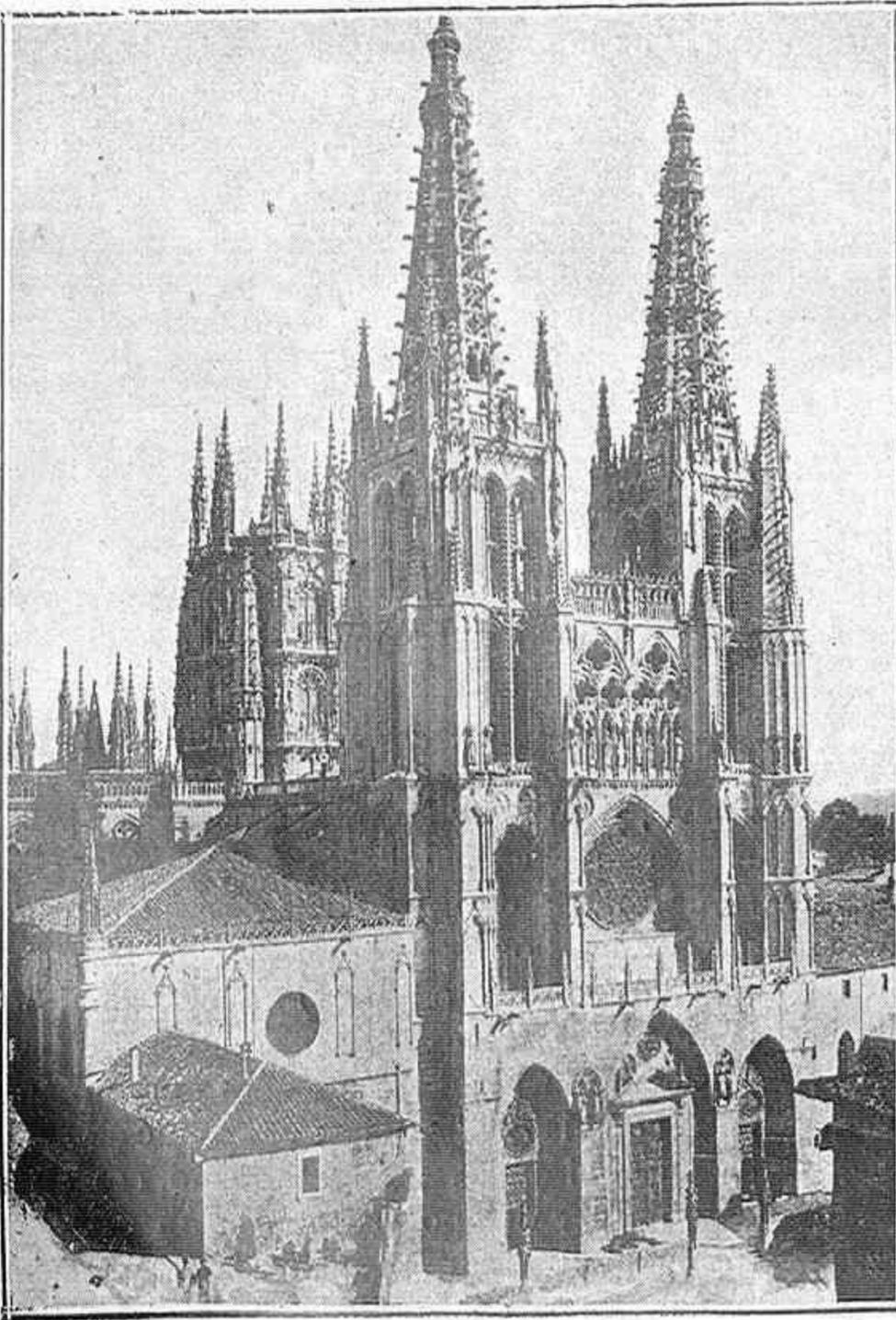
bien que de la mano de los hombres, parecen salidas, como segunda creación, de la mano de Dios mismo.

La iglesia pertenece al orden gótico, y está dividida en tres largísimas naves, atravesadas a la mitad por una cuarta que separa el coro, del altar mayor. En el cruce de ambas naves se alza una cúpula correspondiente a la torre que se ve desde la plaza, Dirigís los ojos a lo alto, y estáis un cuarto de hora con la boca abierta; es una confusión de bajos relieves, de estatuas, de columnitas, de ventanillas, de arabescos, de arcos suspendidos, de esculturas aereas, armonizadas en conjunto grandioso y gentil, cuya primera vista estremece y hace sonreír, como el imprevisto relampagueo y tronado de un inmenso fuego artificial. Aquellas mil imágenes confusas del paraíso que alegraron nuestros sueños infantiles, se arrancan todas juntas de la mente estática, y revoloteando arriba, arriba, como tropel de apresuradas mariposas, van a pararse en los mil relieves de la altísima bóveda girando y confundiendo, y vuestro espíritu las sigue como si las viera y se os escapa del pecho un suspiro.

Si de la cúpula volveis la vista a lo que os rodea, también allí puede recrearla un espectáculo magnífico. Las capillas son otros tantos templos por extensión, por variedad y riqueza. En cada una está sepultado un príncipe, o un obispo, o un grande: la tumba de en medio y tendida sobre ella la estatua representa al sepulto, con la cabeza apoyada en un almohadón y las manos juntas por encima del pecho: los que fueron sacerdotes, vestidos con sus hábitos más lujosos; los príncipes con sus armaduras; las damas con sus mejores galas. Todas las tumbas están cubiertas de un amplio paño que cae por los lados, y que siguiendo los relieves angulosos de las estatuas, deja creer que están allí debajo verdaderamente los miembros de un cuerpo humano. De cualquiera parte que el curioso se vuelva, ve a lo lejos entre enormes pilares, tras los ricos canceles, a la claridad incierta que baja de las altísimas ventanas, aquellos mausoleos, aquellos lienzos fúnebres, aquellos rígidos perfiles de cadáveres.

Acercase uno a las capillas y queda como aturrido ante la profusión de esculturas, mármoles y oro que adornan las paredes, las bóvedas y los altares, cada cual encierra un ejército de ángeles y santos esculpidos en mármol, en madera, pintados, o dorados o vestidos; fijais la vista en cualquier punto del pavimento y a la manera que si el pavimento la rechazara, sube de bajo relieve en bajo relieve, de nicho en nicho, de arabescos en arabescos y de pintura en pintura hasta la bóveda, y luego desde la bóveda otra cadena de esculturas y de pinturas la trae de nuevo al pavimento. Por cualquier lugar donde volvais el rostro, ojos que os miran, manos que os señalan, cabezas de querubines que se confunden, velos que parece que se agitan, nubes que parece que buscan las alturas, soles de cristal que parece que titilan: variedad infinita de formas, colores, reflejos que os hieren los ojos y os turban el ánimo.

No bastaría un volumen para describir todas las obras maestras de escultura y de pintura esparcidas en esta inmensa catedral. La puerta labrada que da al claustro, tiene fama de ser la más hermosa del mundo después de las puertas del baustisterio de Florencia; detrás del altar mayor hay un magnífico bajo relieve de Felipe de Borgoña, que representa la pasión, composición inmensa, a la cual no



Fachada de la catedral de Burgos.

parece que haya podido bastar la vida de un hombre; el coro es un verdadero museo de escultura, de prodigiosa riqueza; el claustro está lleno de sepulcros con sus estatuas yacentes; y en derredor profusión de bajos relieves; en las capillas, en torno del coro, en las salas de la sacristía, por todas partes cuadros de los más grandes artistas españoles, estatuas, columnas y adornos; el altar mayor, los órganos, las puertas, las escaleras, las rejas, todo es grande y magnífico, y todo despierta y ahoga al mismo tiempo la admiración.

En la sacristía de la capilla del Condestable de Castilla hay una preciosa Magdalena atribuída a Leonardo Vinci; en la de la Presentación una Virgen de Piombo. El famoso Cristo de la catedral es digno de particular mención.

Preciso es que el que quiera ver esta catedral en un día pase corriendo por delante de las obras maestras. ¿Pero podría la más minuciosa descripción dar una imagen viva de la realidad, y despertar en el ánimo de otros sólo por un instante la emoción que yo experimenté?

Aún dí otra vuelta por la catedral, pensando con tristeza que no la volvería a ver, que de allí a poco tal maravilla no sería para mí más que un recuerdo. Salí, volví a mirar una vez más las atrevidas agujas y esbeltos campanarios y fantaseando me dirigí al centro de la ciudad.

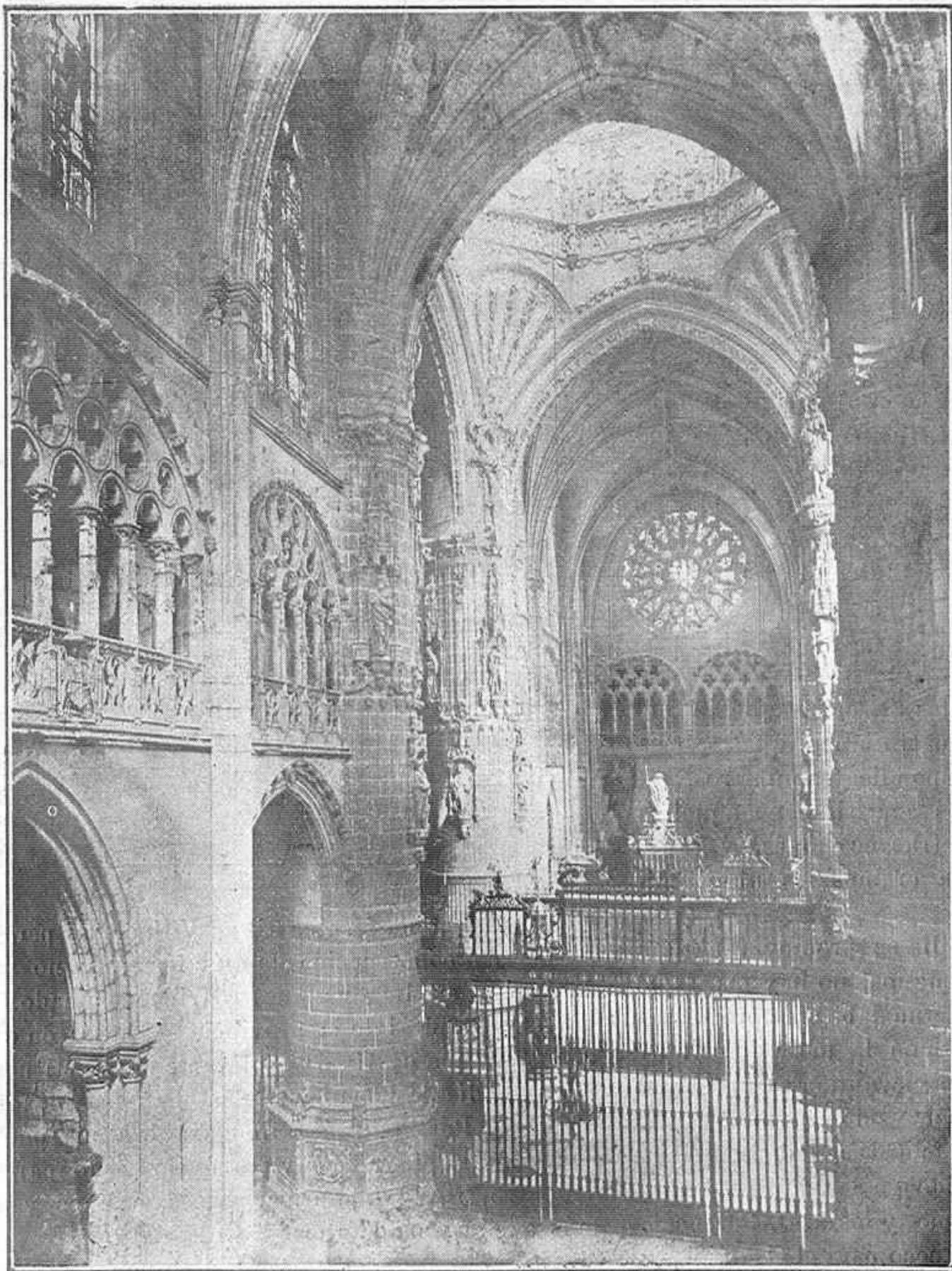


DESPEDIDA

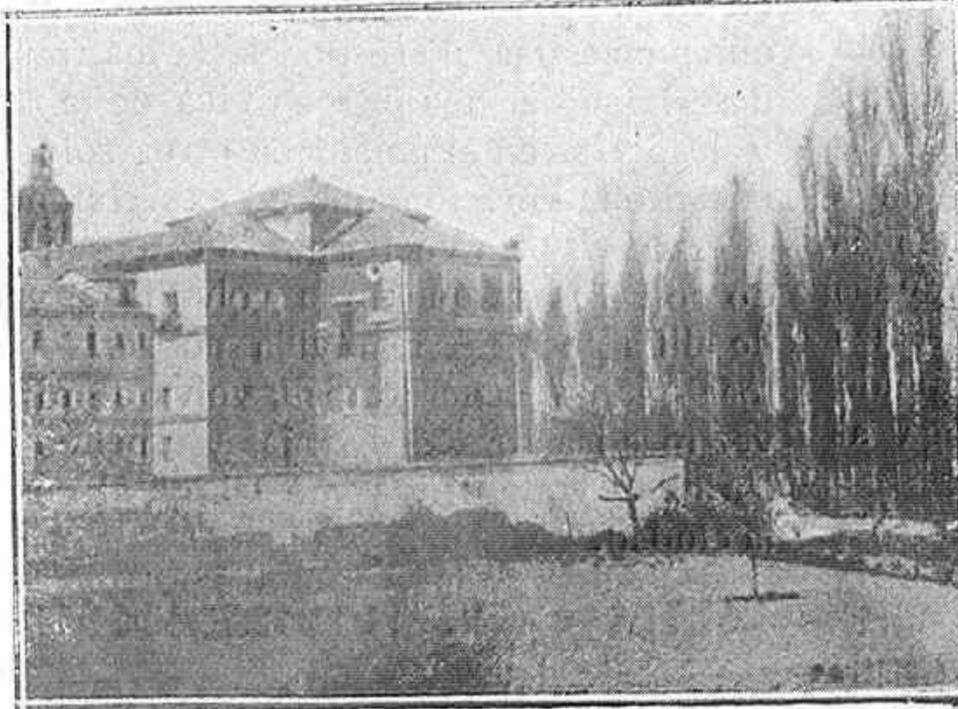
El 20 de julio, a media tarde, se embarcaba en el Alfonso XIII con destino a la Habana el Padre Victoriano Arenas, acompañado de varios Padres y Hermanos jesuitas, que marchaban también a América. La noticia se supo pocos días antes, pero enseguida corrió entre los alumnos, residentes en Gijón.

Cuatro años llevaba en este colegio, explicando el idioma inglés, y últimamente había editado para uso de los alumnos las *Las lecciones prácticas de Inglés*, por las que estudiaron sus discípulos el último curso, y los *Trozos selectos y graduados de Inglés*, con pronunciación figurada, obra que completa la anterior, para los ejercicios prácticos de traducción. Ambas obras han merecido grandes elogios de los versados en la lengua de Chespier porque con modestia y sin pretensiones ha proporcionado a los alumnos un estudio práctico del inglés.

Feliz viaje y estancia en Cuba deseamos al P. Arenas, quien entre los de la cuarta división, y entre todos sus discípulos tan gratos recuerdos ha dejado por la bondad de su trato, y amor abnegado para con sus dirigidos.



gurgos,catedral. Nave del crucero desde la puerta de la pellejería.



Carrión de los Condes.—Iglesia, fachada y claustro

SECCIÓN LITERARIA

ATILA

Novela inspirada en la vida del Colegio

I,

IN ILLO TEMPORE

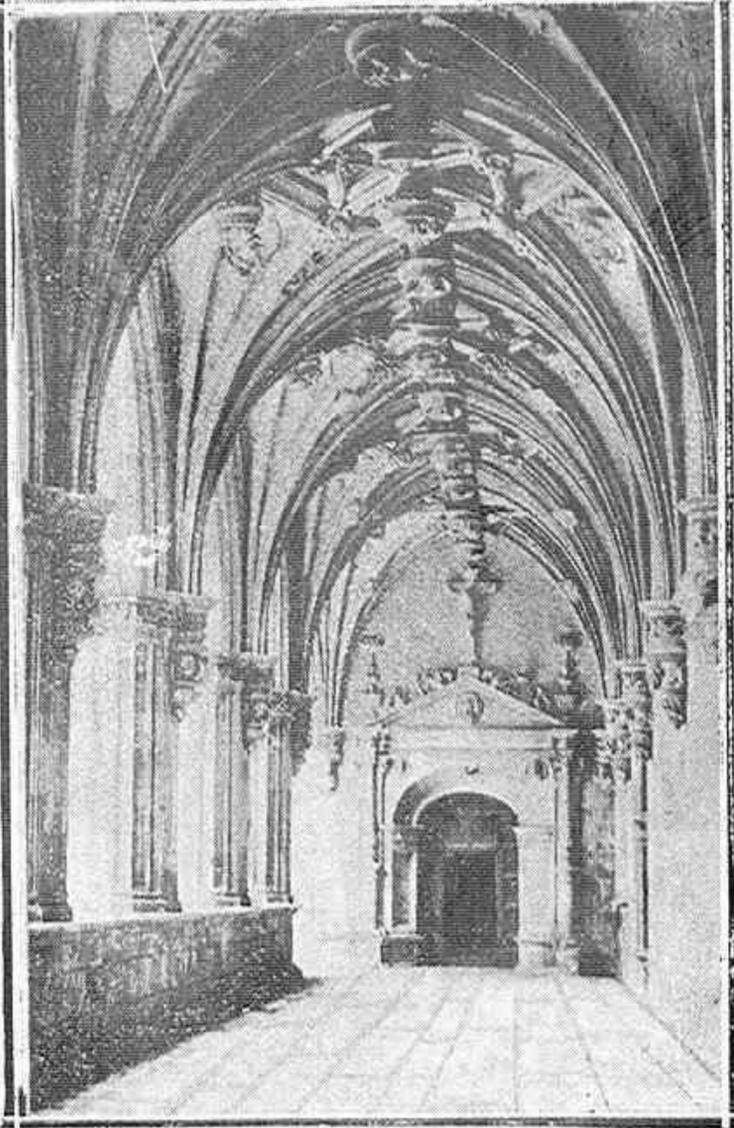
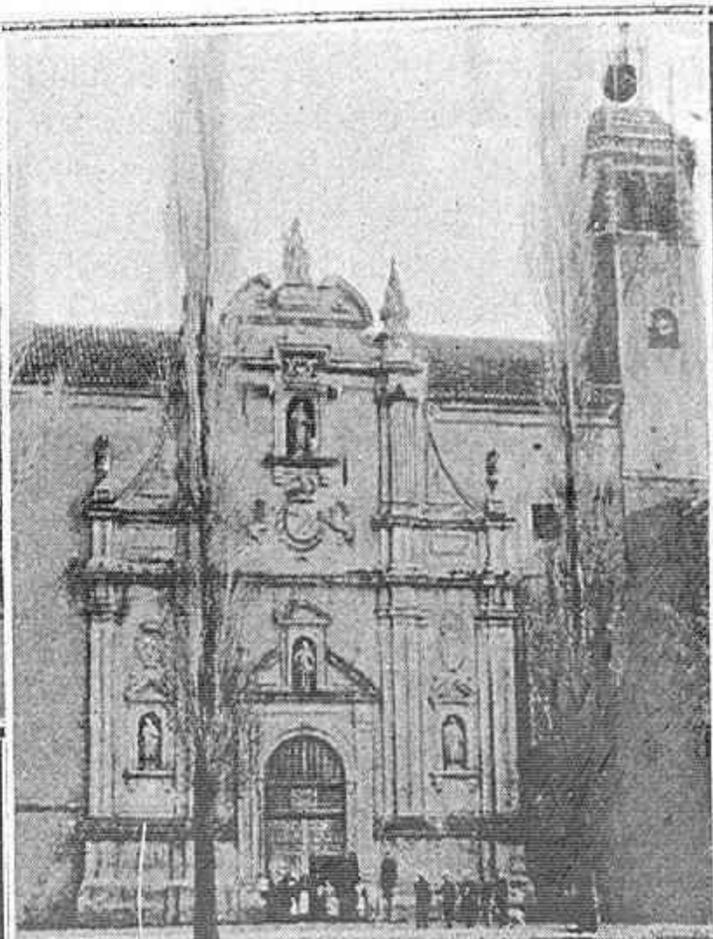
Yo tenía muchas ganas de ir al colegio y otro tanto les pasaba a varios amigos míos que se hallaban también con un pié en el estribo para marchar a Carrión de los Condes, célebre población castellana donde se encontraba el no menos célebre colegio de segunda enseñanza dirigido por Padres de la Compañía de Jesús.

Teníamos ya preparados nuestros baules, perfectamente surtidos de todo lo necesario para la vida colegial; y, sobre las tapas de aquéllos, habían sido ya estampadas en tinta negra las respectivas iniciales y los correspondientes números.

Nuestras familias nos concedían en aquellos días más libertad que en otras ocasiones, y tanto en casa como fuera de ella éramos los niños mimados.

Si en el seno de la familia se promovía alguna ligera discusión entre hermanos, no hay para qué decir que la autoridad paterna daba siempre la razón al futuro colegial. Si en la mesa descollaba alguna manzana o pera, se levantaba con ella el colegial sin protesta ni reclamación alguna.

Todo era alegría y felicidad en aquellos días. Por el pueblo estaba corrido que los hijos de don Fulano, los de D. Mengano y los de D. Perencejo se marchaban dentro de poco para el Colegio... y hasta se nos miraba con cierta envidia por algunos amigos de Villaclara.



Aún no había ferrocarril en Villaclara; pero ya estaba en construcción la vía férrea y no tardaría ésta en llegar a nuestro rincón amado. El viaje a la capital de la provincia se hacía en diligencia, la que partía de la plaza de la Constitución todos los días a las nueve de la mañana inexorablemente. Por lo demás Villaclara era un pueblo hermoso, limpio, alegre y tranquilo y no carecía de teatro, banda de música, paseos, casinos y demás adelantos modernos.

Nos reuníamos mis amigos y yo por las tardes en casa de Peñascal o en las inmediaciones de la misma.

Peñascal era uno de los alistados para ingresar en las filas de Carrión; su padre figuraba entre los principales capitalistas de Villaclara y era muy aficionado a la ganadería y la agricultura en general, habiendo construido en los contornos de su casa una vaquería modelo, que surtía de leche a más de medio pueblo. Los alrededores de ésta: prados, bosques, tierras de labor habían sido adquiridos por D. Rodolfo con el propósito de ir ensanchando su industria.

Era aquél el punto de nuestras reuniones vespertinas y en él hacíamos más de cuatro diabluras cada tarde, no sin que Pacho el criado protestase enérgicamente contra nuestros desmanes.

—¡Dejad ese caballo!—nos decía Pacho—¡todavía vá a salir alguno con una cox en la barriga! ¡Estaos quietos y no me subais a los pesebres del ganado, que después éste no quiere comer la yerba! Ya os dije que no provoquéis el perro. ¡Como hay Dios que voy a llamar a D. Rodolfo si no os marchais de ahí!

En estas o parecidas exclamaciones insistía Pacho a cada instante; pero poco o nada adelantaba, pues nuestra imaginación no estaba quieta un momento y las diabluras se sucedían con harta frecuencia.

En casa de D. Rodolfo éramos mas de una vez obsequiados por su esposa, D.^a Carolina, señora bondadosísima que gozaba con nuestras travesuras y para la cual parecía haberse dicho aquello de «sinite párvulos venire ad me». Por eso Pacho no llamaba nunca a D.^a Carolina cuando hacíamos alguna trapisonda, pues aquella, al conocerlas, se echaba a reír y a lo sumo se contentaba con exclamar:

—¡Cuidado, muchachos, no os vayais a lastimar!

—¡No, señora, no; no nos lastimamos!—contestábamos nosotros montados a lo mejor sobre una de las tapias mas altas de la huerta.

Cuando llegaba la hora de merendar solía decir D.^a Carolina a su hijo Hermógenes que nos llamase a todos los amigos para que subiésemos al comedor. Hermógenes, entonces, se asomaba al balcón y exclamaba:

¡Mariano, Atila, Canseco, Rodríguez: que subais a merendar, dice mamá!

—¡Quiá, nó; muchas gracias—exclamábamos nosotros.—Ya hemos merendado en casa antes de salir!

—¡Vamos, hombre, que vengais—prorrumpía Hermógenes;—dejaos de cumplidos!

Allá, por fin, después de hacernos un rato los remolones, accedíamos; y, muy modositos y uno a uno, nos íbamos colando en el comedor de los señores de Peñascal, haciendo mil remilgos y concluyendo por sentarnos en torno de la mesa.

D.^a Carolina, entonces, destapaba un frasco de dulce al que con disimulo mirábamos de reojo; y

la mamá de Hermógenes, sin más preámbulos, comenzaba a servirnos la merienda..

—¡Nó; no quiero más! ¡Por Dios, D.^a Carolina; ya basta... si ya hemos merendado!—profería uno de los comensales.

—¡Vaya!—replicaba la dueña de la casa:—eso no importa! Esto no os hace daño.

Se repetía la escena con cada uno de los compañeros, los cuales, a pesar de haber merendado, volvían a merendar otra vez.

No faltaban algunos incidentes graciosos. Cuando la madre de Hermógenes me puso en cierta ocasión en el plato unas cuantas cucharadas de dulce, yo protesté con mucha fineza, y, entre otras excusas que alegué, se me escapó decir que no me gustaba el dulce.

Hermógenes soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes, hombre? prorrumpió D.^a Carolina—¡pareces tonto!

—Me río—replicó Hermógenes—de que dice que no le gusta el dulce y el otro día en la despensa de su casa se comió medio tarro de conserva de ciruela él sólo... já... já... já.

Yo me puse mas colorado que un pimiento. Los demás compañeros celebraron con tremendas risotadas la ocurrencia de Hermógenes, y D.^a Carolina salió en mi defensa, haciendo ver a los convidados que aquello tal vez sería un falso testimonio que me habrían levantado.

—¡Eso es; sí, señora; un falso testimonio que me levantó una criada;—exclamé indignado.

—¿No lo decía yo?—insistió D.^a Carolina.—Anda, Canseco, come y no hagas casode estas buenas piezas

D.^a Carolina solía marcharse después de darnos la merienda y entonces era cuando empezaban los momentos de expansión y de algazara.

—¿Tienes muchas ganas de marchar al Colegio?—preguntaba Hermógenes a Mariano.

—Yo, así así—contestaba éste.—Parece que cuando se acerca el momento lo siente uno más.

—¡Quiá, hombre!—replicaba Hermógenes;—al contrario. Allí le tratan a uno muy bien y hay la mar de diversiones.

—Yo creo que se come muy bien, según me han dicho—añadía Mariano.—Y, la verdad, me alegro mucho de esto, porque para mí, si no se come bien, todo es inútil. Figúrate que yo me desayuno con dos huevos fritos y detrás una taza de café con leche y un bollo.

—¡Qué bárbaro—replica Atila;—vas a tener que pagar doble! A mí lo que me interesa es que castiguen poco. Pegar no pegarán, ¿eh?. Yo me escapé una vez del colegio de D. Toribio porque porque había allí un profesor que me pegaba, me había tomado ojeriza, y... total por nada; porque...

—Sí—exclama Rodríguez.—Ya sabemos por qué te tomó ojeriza D. Ataulfo: porque le pusiste

en cierta ocasión una alfiler en el asiento... y se pinchó en cierto sitio.

¡Eso, poco a poco, replica Atila. —Yo no se la puse. Se la puso otro y me echaron a mí la culpa.

—¿Cómo no os van a tomar rabia los profesores? —prorrumpió Rodríguez. —Yo comprendo perfectamente que uno no estudie, porque esto es muy natural y muy lícito, y yo voy dispuesto a estudiar lo menos posible. Pero eso de faltar al respeto a los profesores está mal. ¿Verdad, Canseco?

—Hombre; eso de no estudiar—contesté yo—no lo encuentro tan natural como tú dices. Me parece, Rodríguez, que si no cambias de ideas lo vas a pasar mal.

—¿Quién; yo?—arguyó Rodríguez. —Pues si lo paso mal me escapo o vuelo el colegio o me hago el enfermo y luego escribo a mi familia para que me vayan a buscar.

—Pero ¿cómo vas a escribir esas cosas a tu familia si las cartas que se escriben en el colegio las revisan todas los Padres?

—Pues eso lo tengo yo arreglado enseguida—contesta Rodríguez. —Mira: cuando no me encuentre bien en el colegio escribo a mi papá una carta de la siguiente manera: «Querido papá: recibí su carta y por ella veo que están todos buenos. Yo también estoy bueno y muy contento; tan contento como estaba Atila en el colegio de D. Toribio, y los Padres me quieren tanto como D. Ataulfo quería a Atila etc». Como mis papás saben la historia de Atila y de D. Ataulfo, inmediatamente vienen a buscarme... y se acabó la función.

—Todo eso está muy bien—repliqué yo;—pero como los Padres conocen perfectamente la historia de Atila, la de Ataulfo y la de *todos los Reyes godos*, te expones a perecer en el *Guadalete* del Padre Prefecto, que, según tengo entendido, tiene una nariz muy fina y una pupila sumamente perspicaz.

Escenas de este jaez tenían lugar muy a menudo en los días anteriores a nuestra marcha.

Acercábase ya ésta y unos días antes dábamos comienzo a nuestras visitas de despedida entre las cuales figuraba en primer lugar la del Sr. Cura. Este nos recibía con gran afabilidad y cariño,

—¡Bueno, hombre, bueno, bueno, bueno—nos decía el Cura. A ver si te aplicas y eres obediente y formal. Ya ves el sacrificio que hacen por tí tus padres. Y... ¿qué día marchais?

—El jueves por la mañana, en el coche de Francisco—contestaba yo, mirando hacia el suelo y estrujando la gorra entre las manos.

—Vaya, siéntate; vas a tomar un dulce.

—¡Cá; no, señor; de ninguna manera; muchas gracias; ya he merendado!

El ama del Sr. Cura nos traía un gran pedazo de tarta, que ella misma envolvía en un papel y

nos lo colocaba en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Y ¿cuántos vais al colegio?—insistía el señor Cura.

—Pues vamos Mariano el de D. Liborio, Atila el de D. Antonino, Rodríguez, el hijo de D. Isidro, Hermógenes y yo.

—¡Válgame Dios y qué buenas piezas van en el grupo que me acabas de indicar! Hermógenes es un buen muchacho; pero en cambio en los demás hay tela para rato. Vá ahí un Atila, que es un verdadero *azote*. ¡Mucho me tiene hecho de rabiarse en el Catecismo; y al pobre D. Toribio y a Don Ataulfo les ha sacado mas de cien canas!

—Claro—añadía yo—como que este fué el que le puso el nombre de Atila en vez del de Atilano que antes tenía. Era tan revoltoso que en el banco donde él se sentaba entraba el desorden y la desaplicación, según decía D. Ataulfo. Concluyó por escaparse del colegio... y desde entonces todo el mundo le llama Atila.

La visita concluía con unos cuantos consejos que nos daba el Sr. Cura, mas una madalla o un escapulario y una palmadita en la cara y un «¡vé bendito de Dios!»

—¡Adiós, Sr. Cura!—exclamaba yo, bajando la escalera y palpando el pedazo de tarta.

—¡Adiós, Cansequín!—respondía el Cura. ¡Que seas muy bueno y muy aplicado!

Al llegar al último descanso de la escalera me encontré con el compañero Atila, que venía también a despedirse del Sr. Cura.

—¿Ya te despediste?—me dice aquél.

—Sí—le repliqué.

—Y ¿qué te dió?

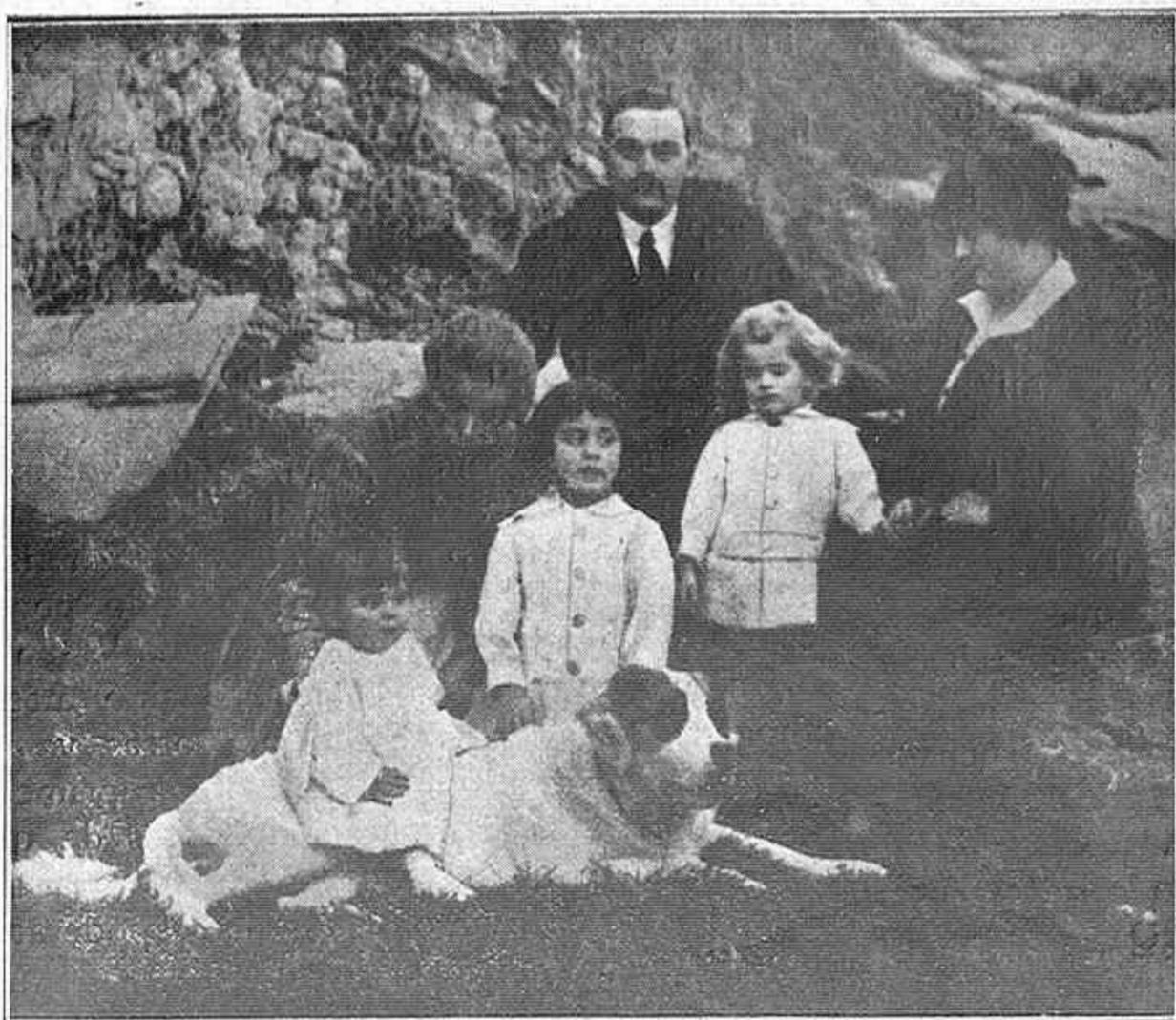
—Pues una medalla y un pedazo de tarta—prorrumpí yo.—¡Míralo! (enseñándoselo).

Atila, con la rapidez del rayo, me echó un tremendo pellizco en la dádiva del Sr. Cura y desapareció velozmente escalera arriba.

—¡Llambión!—dije yo en alta voz—¡ya me las pagarás!

Al poner los pies en la calle encontréme con D.^a Carolina, acompañada de Hermógenes, los cuales, a juzgar por los paquetitos que llevaban consigo, venían de hacer las últimas adquisiciones para el equipo de colegio. D.^a Carolina me dirigió la palabra, tan afectuosa y amable como siempre, preguntóme si estaba muy animado a marchar, si ya lo tenía todo preparado, si mi familia sentía mucho mi marcha y si iba dispuesto a estudiar mucho.

En estas o parecidas preguntas de la esposa de D. Rodolfo y en otros dimes y diretes entre Hermógenes y yo pasó algún rato, al cabo del cual volvió Atila de su visita y se unió a nosotros mas-



D. Fernando Martínez Alonso, que falleció recientemente, con su familia

ticando un pedazo de tarta y diciendo con dificultad:

—¡Mira que estampa me ha regalado el señor Cura!

—A ver, a ver; enséñamela—replicó D.^a Carolina.

Atila se la entregó inmediatamente y la madre de Hermógenes, después de mirar la estampa y besarla, dijo:

—Tómala, Atilano; rézale todos los días un Padrenuestro. ¿Sabes qué Santa es?

—No, señora—exclamó Atila,—concluyendo de tragar el bocado de la tarta.

—Pues es Santa Rita, abogada de imposibles.

II.

LA PARTIDA

Después de despedirnos del Sr. Cura hicimos lo mismo con nuestros parientes mas cercanos, con el confitero de la esquina, con D. Ezequiel el Boticario y demás personas más allegadas a nuestra familia. Todos ellos, por lo general, nos obsequiaban con alguna cosilla: el confitero nos regaló un cucurucho de caramelos, D. Ezequiel un paquetito de pastillas de goma, Remigio el librero nos dió como recuerdo un portaplumas, que tenía al mismo tiempo lápiz y goma de borrar y una inscripción que decía: «Obsequio de Remigio López a su distinguida clientela.» Nuestro padrino nos puso dos duros en la mano. En fin, que era aquello de las

despedidas algo agradable y lucrativo, que contribuía a endulzar en parte el trance de nuestra partida.

Esta había de tener lugar el jueves indefectiblemente.

La víspera nuestra madre nos colocó sobre el cuello una medalla de la Virgen de Covadonga y nos dijo algo emocionada:

—Toma: para que la reces todos los días un Ave María. ¡No te la quites nunca de encima!

Mis hermanas me regalaron un tintero de bolsillo. Hasta la cocinera Paca, antigua sirvienta de la casa, me hizo la pobre un modesto regalo consistente en una pila de agua bendita que simulaba la hornacina de un altar, con su correspondiente Santo y sus puertas de abrir y cerrar.

Estaban ya tomados los billetes para la diligencia que había de conducirnos a la capital. En la berlina del coche iríamos Hermógenes, Atila y yo, encomendados al cuidado de D. Rodolfo Peñasca; Mariano y Rodríguez irían en el *interior* bajo la vigilancia de algún vecino de Villaclara que hiciese el viaje en el mismo coche. Todos no cabíamos en la berlina.

El jueves a las ocho en punto de la mañana se presentó en nuestra casa Chamorro, popular mozo de cuerda, y en un momento bajó hasta la calle nuestro baul. Lo subió luego sobre un carrillo y lo condujo hasta la administración de la diligencia.

Momentos después y previo un desayuno tomado con cierta nerviosidad, recibimos un beso de nuestra madre, la que hacía no pequeños esfuerzos para disimular su emoción. Mi hermana Lucía, niña de unos seis años me encargó que le trajese una muñeca cuando volviese del colegio.

Hermógenes se presentó en mi casa, diciendo que ya era hora y que su papá me estaba esperando. Activé los últimos detalles de mi despedida. Todos me besaron. Mi perrito canelo, conocido por Turco, se tiraba a mí y con la cola en continuo movimiento se deshacía en agasajos y ternezas. Pasé luego a la cocina a despedirme de las criadas. Paca, la antigua sirvienta, lloraba en un rincón, tapándose la cara con las manos. Me acerqué a ella y la pregunté porqué lloraba. La pobre no me contestó, pero extendiendo la mano me metió en el bolsillo una moneda de dos pesetas.

Jesús García Robés.

VACACIONES

La animación alegre que producen los deseos por largo tiempo alimentados y a punto ya de realizarse, se veía dibujada en todos los semblantes; apretones efusivos de manos, sonrisas rebozantes de satisfacción, palabras que indicaban el gozo del alma; todo esto y más se podía conjeturar en el modo de mirar, de andar, de moverse.

La sala de de espera y el andén de la estación pocas veces durante el año presentaba el aspecto animado y bullicioso de la ocasión presente, y eso que el sol parece que entonces, en aquella hora precisa tenía a gala hacer ostentación de su brillantez y de sus rayos abrasadores. Ni que aquel día le hubieran echado nuevo combustible. Imposible salir de la sombra; aquello era achicharrador.

Mas precisamente por eso la gente de la estación estaba más animada. ¿Que esto parece una paradoja? Tal vez, pero aquellas personas esperaban al tren que tras breves horas las había de poner a cubierto, a lo menos en gran parte, de aquella insoportable hoguera. Habían tomado sus billetes para la estación de una ciudad del norte de España, puerto de mar, de temperatura agradabilísima, playa inmejorable, de clima ideal, de baños deleitosos, de mañanas frescas, de tardes nada calurosas, de noches espléndidas.

¿Comprendéis ahora porqué aquella gente rebosaba de alegría? Separarse del horno de Castilla, ir a tomar baños en una de las playas encantadoras del Cantábrico; ¿a quién no emociona esta idea? ¿a quién no hinche de júbilo la proximidad de su realización?

Apenas llegado el tren sus coches se vieron invadidos por los que los esperaban, y en medio de los vivas más espontaneos en medio del mayor entusiasmo arrancó la máquina y tras ella los coches que conducían a aquellos felices pasajeros. Felices, por unas horas nada más; pues ¡ay! cuando todos estaban más descuidados, muchos dormitando ya, otros profundamente dormidos, hubo un choque terrible: juntáronse coches con coches, asientos con asientos, y... volaron por el aire las astillas confundidos con ellas miembros de cuerpos aplastados, deshechos, ¿cuantos perecieron? muchos...

No pretendo describir las escenas que se desarrollaron; sólo añadiré que varios de los que tan alegres estaban en la estación de poco ha, perecieron en aquella catástrofe; los demás después varias horas de espera y tras algunas vacilaciones de quererse volver atrás, al fin determinaron continuar su camino en el nuevo

tren que se formó. El cual llegó a su destino sin nuevo percance.

Como si la escena ocurriera pocas horas hacía hubiera sido cosa de nada, todavía tuvieron nuestros viajeros que presenciar otra no tan espeluznante y espantosa, es cierto, pero sí sumamente triste y apropósito para acibararles la temporada y quitarlas el poco gozo que ya les quedaba. En aquella misma hora iba a arrancar un tren de regreso a la tierra de donde ellos venían y entonces precisamente acababa de llegar la comitiva de despedida al cadaver del que el día anterior por imprudencias cometidas en la playa se había alejado demasiado, por lo cual envolviéndole una ola tremenda le sepultó en su seno y no salió de ella sino medio ahogado, para verse cogido por otras y por otras que terminaron la faena de la primera, quitando la vida al desgraciado, antes de que los bañistas pudieran socorrerle. Con grandes esfuerzos no obtuvieron estos sino apoderarse del cadáver.

En vista de semejantes escenas algunos de nuestros veraneantes, tan alegres y regocijados poco hacía, casi se vieron tentados de volverse a sus pacíficos hogares en aquel mismo tren; más al fin optaron por quedarse en la ciudad a la que habían llegado tan *felizmente*. Les sucedieron cosas agradables y también desabridas; no describiremos ni unos ni otras, porque no es este el intento de las presentes líneas.

El verano tiene sus placeres y tiene también sus tragedias desagradables. Las vacaciones no dejan de tener sus peligros corporales y más aún espirituales. Cuántas almas sucumben al choque violento de pasiones que se encuentran! Cuántas naufragan envueltas en el torbellino de los olas de ese mar mundano que a tantos ha devorado! En invierno y en verano, en curso á en vacaciones hay ciertos deberes que cumplir; si se omiten choca el alma contra los preceptos divinos, naufraga, se pierde, muere irremisiblemente a la vida de la gracia. En verano y en vacaciones hay obligación estricta de evitar los peligros, de no meterse de bruces en ellos; no se puede dejar de asistir a misa los domingos y fiestas de precepto. Las prácticas piadosas ejercitadas durante el año, llámense estas confesión y comunión frecuente, o rezo del rosario, o lectura de libros piadosos, es cierto no obligan en conciencia, pero si no se observan, el choque, el naufragio del alma será inevitable, casi cierto. Si practicándolas con fidelidad todavía es difícilísimo evitar la pérdida de la virtud, abandonarlas por pereza, negligencia, o tal vez por voluntad, es señal inequívoca de completa ruina. **Sandy.**

EL PESCADOR

Ya se marchan, ya se van
los valientes pescadores
con indescriptible afán
los alientos soñadores:
los valientes luchadores
¿volverán?

Al mostrar el sol su frente
por el despejado oriente
va la marinera gente
caminito de la mar,
que el valiente marinero
de pecho firme y entero
oye el mandato altanero
«ve a pescar».

Y la madre recelosa
y la desolada esposa
ya de mañana acuciosa
va con ellos a levar.
Ya les da el último ruego,
y dos lágrimas de fuego
brotan y resbalan luego
hasta el mar.

Y de pie en la barandilla

que se extiende por la orilla
la mujer triste y sencilla
ve marchar al pescador,
que rema con fuerza y brío;
mas su corazón vacío
va cautivo en el navío
de su amor.

Y al desandar el camino,
desde el collado vecino
tiende su vista al marino
y a los que bogando están.
¡Ay! su mente vacilante
ve levantarse al instante
la tormenta de levante
y el furibundo huracán.

Ya se marchan, ya se van
los febriles luchadores;
no temáis con vano afán;
mientras lleven los amores
y fe de nuestros mayores,
los valientes pescadores
volverán.

Ulpiano V. Escalera.

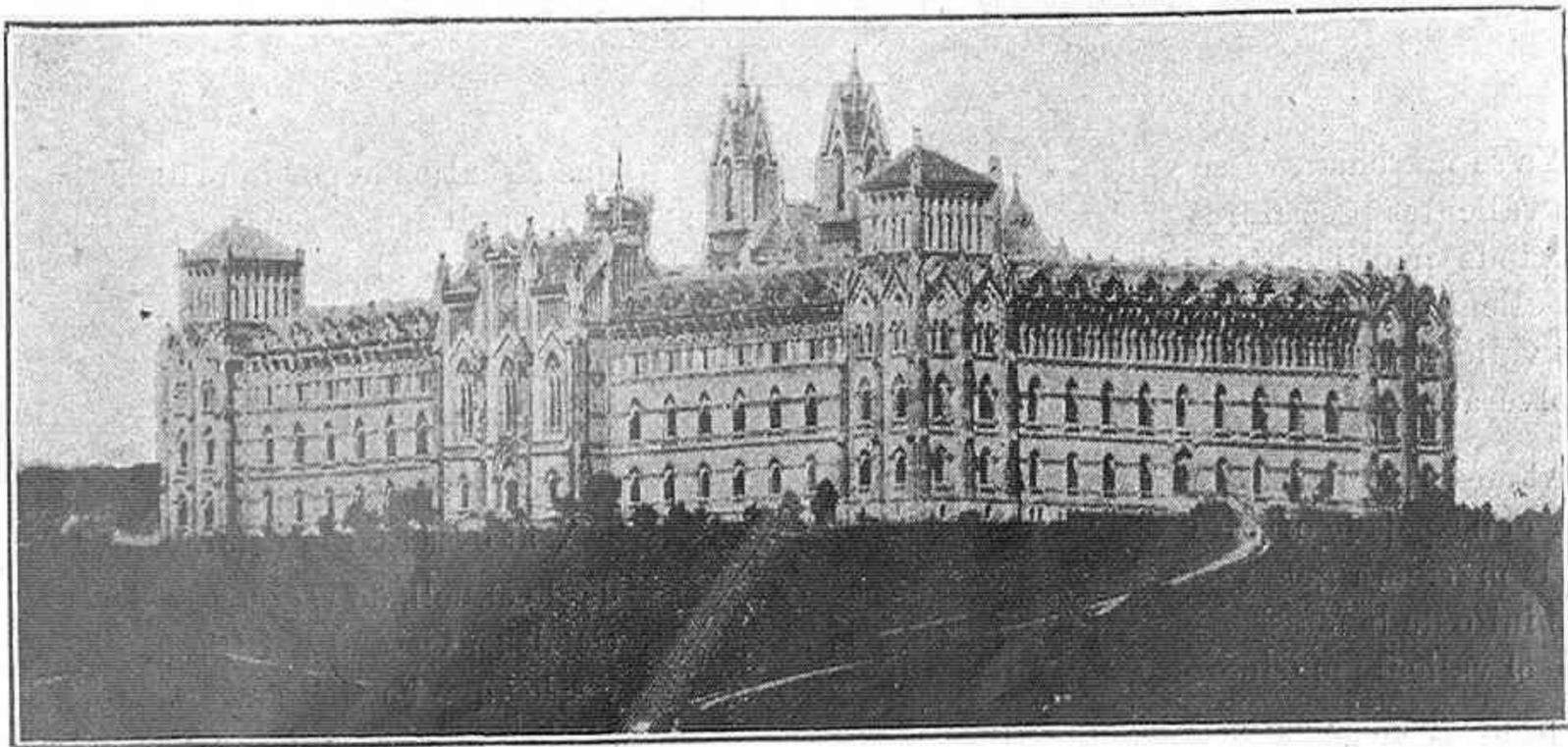
Riqueza Española

La revista «El Financiero» calcula la riqueza pública de España en 215.000.000.000 pesetas de este modo:

Riqueza rústica.....	119.900.000.000
Riqueza pecuaria.....	4.000
Propiedad urbana.....	31.440
Riqueza minera: valor de las minas.....	5.000
Riqueza forestal y de caza	500
Riqueza pesquera y conservera.....	1.000
Riqueza industrial.....	5.000
Comercio interior.....	3.000
Comercio de cabotaje....	1.500
Comercio exterior.....	6.000
<i>Riqueza mobiliaria:</i> valores sociedades anónimas..	12.500
Deuda del Tesoro.....	13.359
Emisión de oblig. del Tesoro, nov. 1921.....	1.356
Capitales españoles en valores extranjeros.....	2.500
Total de riqueza mobiliaria.....	29.715.000.000

Cuenta corriente con los bancos.....	2.754.000.000
Cajas de ahorros de los bancos.....	461
Cajas de montes de piedad y otras entidades..	47
Oro en las cajas del Banco de España.....	2.508
Oro en poder de correspondientes y agencias del mismo en el extranjero.	46
Encaje plata del Banco de España.....	617
Metálico en poder de la banca privada.....	25.000.000

A deducir de este total hay que señalar únicamente los valores nacionales en propiedad de extranjeros, cuya cuantía ha disminuído considerablemente en los últimos años, por nacionalización de importantes cantidades invertidas en la deuda exterior, acciones y obligaciones de ferrocarriles, electricidad, etc. Tampoco está incluida la valoración artística nacional de monumentos, museos, archivos y bibliotecas, por ser inapreciables.



COMILLAS.—Vista general del seminario pontificio.

Boletín de la A. A. A.

Una visita.

La hemos recibido del R. P. Baltasar Irigoyen, actualmente rector del Colegio de Burgos y antes de este de la Inmaculada de Gijón. Los días que entre nosotros ha permanecido tan ilustre huésped ha tenido ocasión de ver los gratos recuerdos que de él se conservan en Gijón donde tanto y con tanto acierto trabajó. La A. A. A. que a él debe su fundación aprovecho gustosa estos momentos para manifestar su agradecimiento.

Enhorabuena.

Se la damos al antiguo alumno D. Luis Basurto por haber terminado brillantemente

los estudios de licenciatura en ciencias químicas.

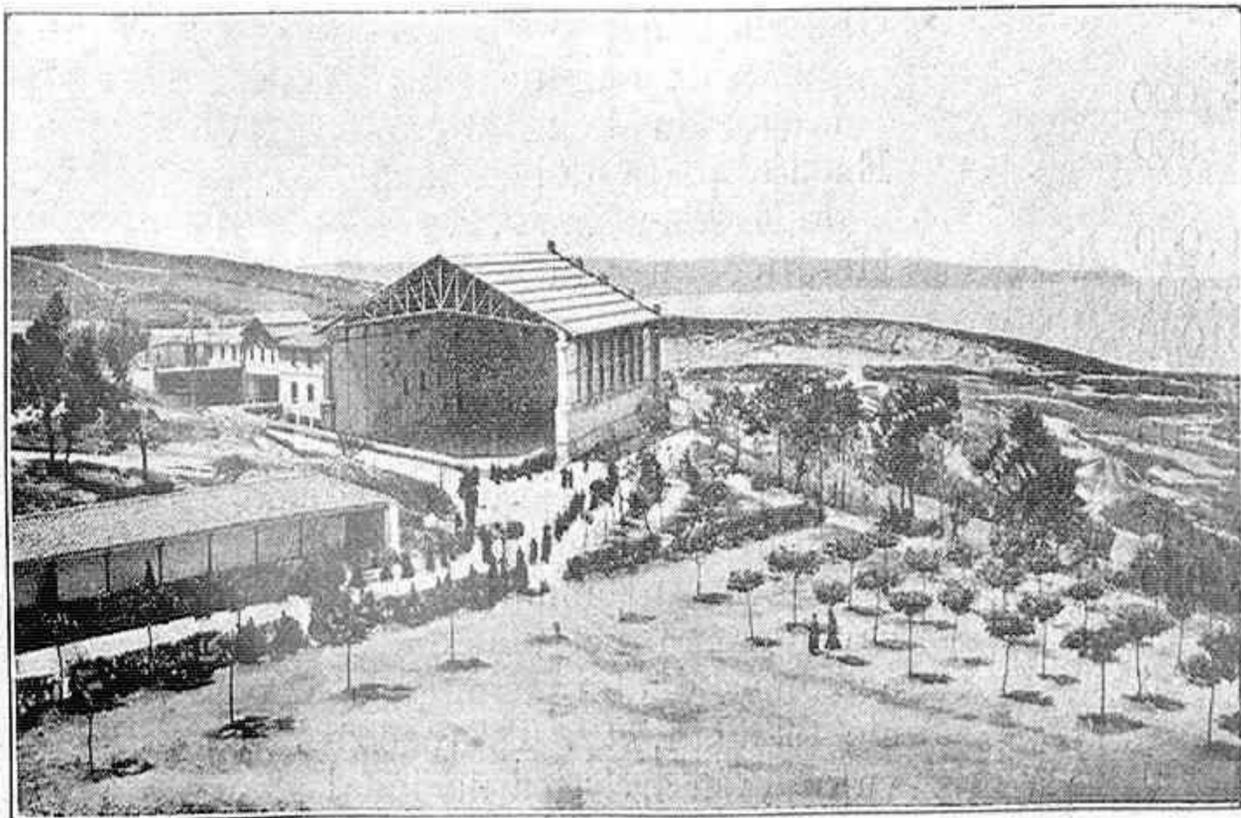
Nuevo consultorio médico.

Acaba de abrirlo al público el joven doctor y aventajado exalumno D. Marcelino P. Villamil. Dado su talento nada vulgar y lo mucho bueno que seguramente ha visto y aprendido en las mejores clínicas de España y del extranjero especialmente en Francia y Alemania donde ha permanecido últimamente más de un año dedicado al estudio de su especialidad, le aseguramos grandes éxitos.

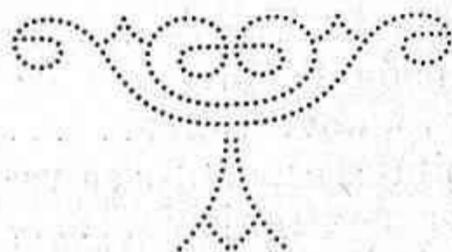
Nuevos Cadetes.

Después de brillantísimos ejercicios ha ingresado con el número uno en la academia de ingenieros militares el antiguo alumno D. Manuel G. Rendueles.

En la de infantería ha ingresado también con muy buen número otro exalumno D. Alejandro García Menéndez. A los dos nuevos cadetes les damos la más completa enhorabuena.



COMILLAS.—Pacios del seminario y juego de pelota.



ALTER CHRISTUS

Ya he visto mi Seminario; ya he visto aquel plantel de jóvenes que se consagran al servicio de Dios, y a todos ellos los contemplaron mis ojos con indecible asombro y admiración, y con el profundo respeto que se debe a sus venerables figuras.

En ellos ví el sacrificio heroico de una juventud y de una vida que se aleja del mundo para acercarse a Dios; no se comprende ahora lo que es una juventud que se encierra bajo una humilde sotana y le da un adiós a la dicha del mundo; para perfumarse en las aras del santuario.

En ellos ví a las futuras víctimas del desprecio; a la luz del mundo; a la sal de la tierra; y entonces fué cuando comprendí bien lo que era un sacerdote.

Vi en él la mayor dignidad de la tierra, ví su poder, que se extiende sobre el mismo Omnipotente; contemplé la santidad y enorme responsabilidad de su ministerio, y encontré en él a un nuevo Cristo.

Un sacerdote, es la criatura que Dios escogió para sí, dotándola de un cuerpo santo; «Tú eres, dice S. Pablo, un gran sacerdote, santo, inocente,

puro, separado de los pecadores y más grande de los cielos» (Heb. VII, 26).

La mano de Dios le defiende, fulminando castigos contra sus profanadores.

En el sacerdote debemos de mirar al cuerpo santo de manos ungidas, de pies misericordiosos, de labios de paz, de ojos y oídos santificados, de alma sellada. El es el escogido de Dios, el embajador de Cristo.

Pero lo que más me admira; lo que más me llena de asombro, es aquella grandiosa humildad del Dios tres veces santo que, obediente a las palabras del sacerdote, hace todos los días el viaje del Cielo a la tierra, velando su majestad, y, como si estuviera fatigado de tan larga jornada, se le ocurre descansar primero en las manos de su embajador, después sobre el ara del altar, y por último, entre los pliegues del corazón de su ministro.

Aquellas manos ungidas, son las más dichosas de todas las manos. Convertidas en Custodia viva, tocan y acarician los blancos cendales de la Hostia Santa; tocan al mismo Dios que, sin escaparse, se escapa del Cielo para meterse en el Sagrario del amor, porque sus delicias consisten en estar con los hijos de los hombres. Aquellas sagradas manos bendicen, absuelven, tocan constantemente lo más santificado.

Sus pies, son los pies del Mensajero del Dios del Amor; son los pies que suben las veneradas escalas del altar de Dios para ofrecer en sagrado sacrificio a la víctima más pura y más santa que se puede inmolar. Aquellos pies, van al tribunal de la misericordia, todo lo andan por salvar a las almas de los pecadores; son esos pies que, dejando una sagrada huella en el suelo donde pisaron, hicieron a toda una Santa Catalina de Sena arrodillarse y besar en aquella señal que dejara *el otro Cristo* como para que le siguieran.

Los labios del sacerdote, derraman el perdón de los pecados, predicán la palabra del Señor, rezan y cantan al Dios de los ejércitos, y lo que es más, lo que más debe de extrañar a los mismos seres celestiales, es que musitando unas palabras hacen bajar de los cielos y esconderse en un velo de pan a Aquel que no cabe en todos los ámbitos y en toda la anchura de la creación.

Sus ojos, son ya felices en esta vida por cuanto contemplan la luz de la Santa Hostia, que es una luz que no deslumbra, y ven constantemente delante de sí aquel prodigio del amor, que es el mismo Amor desarramado por todas partes, pero concentrado en la albura del Pan Eucarístico.

Aquellos oídos, son el sepulcro de todos los arcanos de las almas atribuladas, de todas las culpas, de todas las amarguras.

Su alma, está sellada, puesto que es sacerdote para siempre.

Por eso yo venero a los sacerdotes; por eso venero a los que se preparan a recibir las órdenes sagradas, que son el desprecio del mundo... porque es cada uno de ellos *Alter Christus*. Y



COMILLAS.—La iglesia del seminario.

viendo que las mies es mucha, ¿por qué no sembrar vocaciones eclesiásticas, especialmente en los niños inocentes, de los cuales dice el Señor que los dejen ir a El?

Yo, indigno aspirante al sacerdocio de Jesucristo, he visto crecer en mi alma la divina vocación durante diez años, y me siento el más feliz con este grandioso don del Dios del amor.

¡Quién soy yo, Señor, para que Tú me escogieras a mí?

En fin, Padre mío, si yo llego algún día a subir a tu sacrosanto altar a ofrecerte en sacrificio, creo que no lo haré más que una vez; porque, cuando mi alma estremecida de santo pavor vea acercarse el momento más ansiado de mi vida, y mis trémulos labios apenas dejen salir el sacrosanto conjuro de la consagración, y atónito, asombrado, contemple tu grandeza humillada en la Hostia santa, mirándome con ojos de mansedumbre, de dulzura, de misericordia... ¡no comprenderé aún cómo te has asentado en mis manos, y creo, Dios mío, que te daré el alma con un suspiro de amor...

Adolfo Rodríguez.

Bibliografía

34.—**Las pasiones**, conferencias, por el R. P. Félix, de la Compañía de Jesús. Un tomo en 8.º, en rústica, 3,50 pesetas; en tela inglesa, 5 pesetas.—Barcelona: Librería Religiosa, Aviñó, 20.—1923.

Este precioso libro, que forma el tomo V de los Ejercicios Espirituales de Nuestra Señora de París, es una de las más celebradas obras del elocuente orador de las célebres Conferencias. En él estudia lo que son las pasiones con relación a la naturaleza humana; de qué manera, por la caída original, se convirtieron en impulsión al mal; el modo como las pasiones conspiran, en nosotros, contra el bien; la ceguedad que producen en el hombre que a ellas se rinde y la desgracia a que le conducen. Apenas se puede hallar un libro de más provechosa lectura para los jóvenes. El mismo suministra a los predicadores argumentos de palpitante actualidad, y puede servir de lectura espiritual en tiempos de Santos Ejercicios.

35.—**El pródigo y los pródigos**.—Tomo VI de las Conferencias de Nuestra Señora de París, por el R. P. Félix, S. J.—Un tomo en 8.º de 296 páginas en rústica, ptas. 3,50; en tela, con rótulos oro, pesetas 5.—Librería Religiosa: Aviñó, 20, Barcelona.

Los numerosos lectores de las anteriores Conferencias del elocuente P. Félix, S. J. leerán *El pródigo* con verdadero interés y suma utilidad.

Sus seis conferencias versan sobre «La rebeldía y huida del pródigo»; «La voluptuosidad en los pródigos»; «Estragos de la voluptuosidad en los pródigos»; «La esclavitud de la vida de los pródigos»; «Regreso del pródigo y de los pródigos».

36.—**Historias Eucarísticas para niños de Primera Comunión**, por S. N. D. Subirana.—Barcelona.—Un tomito de 85 páginas en 8.º con 6 láminas, 3,50 ptas. en cuadernado en tela.

Es este librito de lo más a propósito para el fin que se expresa en su título. Las personas que tengan a cargo preparar niños para su primera comunión

hallarán en estas historias eucarísticas un poderoso auxiliar. Están escritas con tal sencillez, ingenuidad y viveza que además de que los mismos no encontrarán en ellos palabras fuera de su alcance, cautivarán su imaginación inquieta. Ni es esto todo. Insensiblemente irán infiltrando en los puros e inocentes corazones de los pequeñitos por una parte respeto y veneración hacia la Eucaristía y por otra deseos vehementes de recibirla. Ojala el autor nos proporcione más narraciones sobre el mismo motivo. Los niños y aún las personas mayores se lo agradecerán mucho.

37.—**Elementos de química moderna**, por el P. Teodoro Rodríguez, agustino. Sexta y séptima edición. Herder, Friburgo de Brisgovia, 1923; 136 páginas, en 8.º, con 50 figuras, 1,90 pesetas en cartón.

Bien conocida es en los seminarios españoles esta obra de texto del P. Teodoro Rodríguez, cuya última edición ofrecemos a los lectores. Difícil es condensar mejor los puntos más importantes de la asignatura, secundaria en los seminarios, de modo que sus alumnos tengan en breve espacio lo suficiente para darse cuenta de tantos cuerpos y tan variados fenómenos. Las primeras nociones están expuestas con toda claridad, elegidos con acierto los principales cuerpos que se describen, y la clara presentación en texto y figuras son un aliciente para el manejo del libro.

38.—**Compendio histórico-crítico de la literatura castellana** desde sus orígenes hasta nuestros días, por el P. Luis Fernández de Retana, redentorista. Adornado con 23 retratos. Encuadernado 2,50 pesetas.

Este libro es una sencilla exposición de la evolución de nuestra literatura desde la formación de la lengua hasta el tiempo presente, y pone al alcance de todos el estudio de nuestra rica historia literaria, presentada de un modo claro y conciso. El alumno que domine este libro, poseerá los suficientes fundamentos para emprender por sí mismo más amplios estudios, y en todo caso podrá alternar con cultura en cualquiera sociedad de literatos; y en fin, si no está maleado por funestos prejuicios, verá, en este breve escrito y comprobará por sí mismo en indagaciones ulteriores, que en nuestra gloriosa literatura, como en otras manifestaciones de las grandes artes, no se puede prescindir de la Iglesia católica y de sus hombres, pues éstos y sus obras son los primeros representantes de la belleza artística, en muchos de sus más importantes aspectos.

39.—**Lecciones prácticas de Inglés con pronunciación figurada.—Trazos selectos y graduados de Inglés con pronunciación figurada** por el P. Victoriano Arenas, S. J.

Estos libros, compuestos después de larga experiencia en la enseñanza del inglés, son sumamente prácticos. Con ellos se llega a vencer pronto la mayor dificultad del inglés, su pronunciación, por medio de signos convencionales, fáciles de retener. En poco tiempo se pueden leer con relativa exactitud y facilidad las palabras inglesas más usuales. Sirven para aprender inglés aun sin profesor. Como libros de texto son de suma utilidad.

El segundo libro acaba de publicarse. Del primero han escrito juicios críticos muy laudatorios varios profesores y diversas revistas.



FARMACIA Y DROGUERIA

DE

J. Escalera Blanco

(Casa fundada en 1873)

GIJÓN

Teléfono 145 — San Bernardo, 47

↖ **Doctor, Esteban González Diez** ↗

ESPECIALISTA

GARGANTA—NARIZ—OIDOS Y RADIOLOGÍA

Laringoscopia directa.—Bronquio.—Esofagoscopia.

Radium.—Rayos X.—Tiefenterapia diatermia.—Baños de luz y otros medios físicos.

Horas de consulta, de 9 a 11

Gumersindo Azcárate 4.—GIJÓN

Ultramarinos y Coloniales

— DE —

EVARISTO FERNANDEZ

Especialidad en artículos extranjeros y del país.—Vinos y licores de todas las marcas

San Bernardo 76, Jovellanos.—Teléfono 15

GIJÓN

Librería, Papelería y Objetos de Escritorio

C. FERNANDEZ SUCESOR
DE SANGENÍS

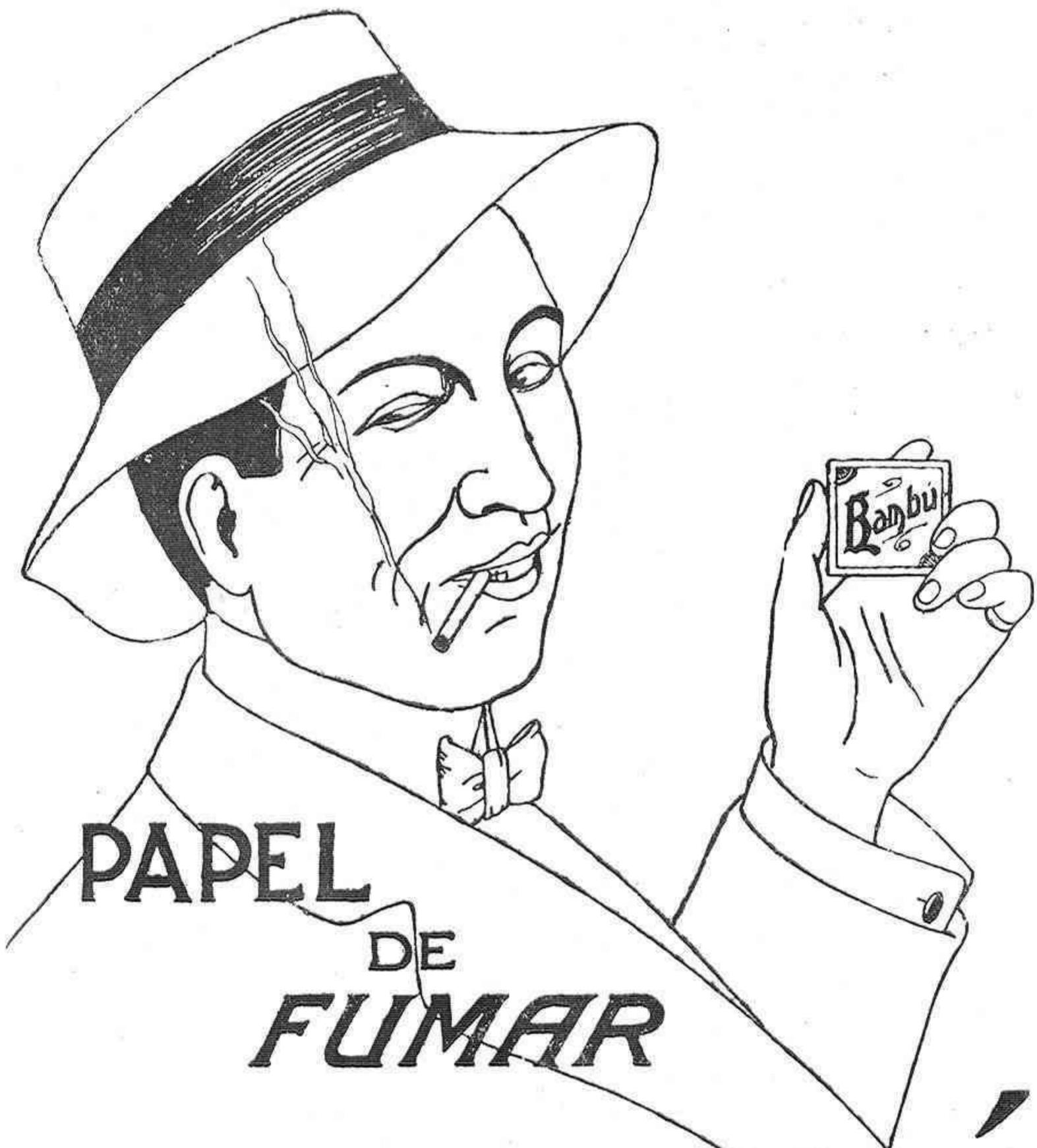
Trabajos de imprenta de todas clases

servidos rápidamente.

Corrida, núm. 63

GIJON

Teléfono, núm. 372



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ